

# LA MUERTE

Un huracán devasta continuamente las regiones donde la vida se expande. Es el soplo que la Muerte deja, al pasar arrebatada. Nadie le ha visto la cara ni el contorno del cuerpo. Envuelta en el torbellino que levantan sus ropajes flotantes, cruza veloz, sin que adviertan su paso más que aquellos que se sienten derribados. No hay obstáculo que la detenga, no hay valla que no salve, no hay muro que no derrumbe. Como el rayo, destroza, y cuando se advierte el estrago que ha causado, ya está distante, tan distante, que casi está cerca. Es la gran niveladora. Cuanto sobresale del común rasero, cuanto se eleva firme y poderoso, cae á su empuje. ¡Ah! ¡Tremenda obrera silenciosa!

Tú trabajas sin descanso, destruyes, para que la Vida pueda construir; y como para las obras de ésta precisan materiales resistentes, con preferencia siegas las existencias más puras, más fuertes y más nobles. Nuevamente moldeadas, adquieren cada vez forma más perfecta, y si por un momento pudieras detener tu carrera vertiginosa, es seguro que te detendrían extasiada alguna vez ante lo que de ti nace porque en ti muere.

No hay quien haya visto tu rostro, que los temerosos juzgan espantable. Jano eterna, en cuanto pasas, entre la vorágine aparece un rostro. Es el de la Vida, que mira hacia atrás. Abrazada á tu hermana, haces la eterna ronda, y apenas á tu contacto se hielan hombres y cosas cuando la Vida los rescita. ¿Cuál de las dos crea y cuál destruye? La obra es tan rápida, la acción tan compleja, que ni el sabio puede decidir ni el ignorante temer. Así como la Vida se sustenta gracias á ti, tú, Muerte, creas la Vida y edificas derribando, como aquella derriba construyendo.

Diosa que pintan pálida y temerosa, alma de la Vida, sostén del mundo, incansable redentora, amiga del miserable, pesadilla del poderoso, no pares, no, tu carrera. Vuela en alas del huracán, siega vidas, destruye cosas, aniquila al Tiempo, mata el recuerdo, no pares, no, tu carrera. Destruye sin compasión y sin descanso, destruye los seres aislados y las masas, los organismos individuales y los colectivos, vuela sin tregua hasta que los hombres hayan aprendido la religión del amor y abominen la religión del odio, que les lanza por millares á tu paso, como los indostanes se lanzaban bajo las ruedas del carro que sustentaba al monstruoso ídolo.

Entonces, cuando el odio se extinga, cuando el amor reine entre los hombres, detén tu marcha. Y la Tierra, atónita por un momento al sentir tu ausencia, se hundirá en los espacios siderales, como un pedrusco lanzado al abismo, fría, inerte, muerta, porque tú habrás dejado de matar.

## MUERTOS QUE ANDAN

Se pone el sol. Un viento fuerte sopla sobre los campos, entre los árboles, levanta torbellinos de polvo en las carreteras. Su empuje mueve y arremolina miles y miles de hojas muertas que caminan, ruedan, se precipitan. ¿Dónde? Todas van en busca de un hueco, de un rincón á propósito para que se cumpla su definitiva y total destrucción. Entretanto, muertas, con el color terroso de los cadáveres, corren sin objeto, se atropellan, se enlazan unas á otras, forman montones que una ráfaga deshace, se dispersan, vuelven á reunirse, y así marchan al azar, yendo hacia donde la fuerza las empuja, sin cansancio, inertes, inconscientes, en busca de equilibrio, en demanda de reposo. Muertos que andan, cadáveres que ruedan, despojos de fuerzas para siempre perdidas, mortajas de existencias que acabaron, movimiento sin objeto... no hay espectáculo más triste para quien debe sentir la tristeza de las cosas. Muertos que andan, el árbol que les dió vida se la quitó en el punto y hora en que estorbaron la suya propia, y las vió morir y las sintió caer sin estremecerse. El viento, que las empuja sin compasión, rugiendo y silbando en su marcha, canta un *De profundis* estridente y formidable á las pobres hojas.

Sobre el sucio empedrado de una callejuela ha caído una pluma que, cuando tenía vida, formó parte del ala de una paloma blanca. No es de esas, recias y de fuertes barbas, que sustentan ó dirigen el vuelo. La pobre-cilla fué siempre modesta. Es chiquita, suave, de elegante forma, de muy fina pelusa rizada, no pesa apenas, y al mirarla con detención, al ver la pureza de las líneas curvas que le dan forma, y la frescura nítida de su color, se adivina que aquella plumita ha sido un sér inofensivo, amable, servicial, bueno por naturaleza, que ha vivido siempre en paz con sus innumerables hermanas, junto con las cuales compartió el plumaje y el abrigo de aquella paloma que cruza ahora libre y feliz por la región del aire, en tanto que ella, pura como el armiño, ha caído sobre el lodo infecto de una gran urbe, mostrando en el extremo de su tenue cañón un punto sangriento que marca la herida por donde se le escapó la existencia.

Después de la tremenda caída, sintió la pluma que el viento la empujaba, la levantaba. ¡Arriba! Subiendo esperaba poder volver á su prisión de oscura carne, donde sentía las palpitations de los poderosos músculos, donde conservaba el calor que del cuerpo palpitante recibía. ¡Vana esperanza! Es verdad que el viento la elevaba á veces, y que sobre su impalpable trama quedaba suspendida; pero aquello no duraba más que un

momento. La gravedad la solicitaba, y no teniendo fuerza propia, obedecía á la ajena. Al suelo otra vez. Y á cada nueva caída, el barro manchaba su blanco cuerpo. La suciedad del medio ambiente la penetraba. El pie de un hombre se posó brutalmente sobre ella. Todo había terminado.

¡Guay de los caídos! La pluma que llega al suelo, desprendida de su alvéolo de carne, ya nunca más volará orgullosa; la hoja que es juguete del viento, no volverá á la rama del árbol que le dió vida. Árboles y pájaros se cubrirán de nuevas hojas y plumas; pero las caídas, las muertas, esas esperan en vano una voz que les diga: *¡Surge et ambulat!*

## MUERTOS QUE HABLAN

Durante la noche del 6 de Ziamdah—que corresponde al 27 de Diciembre,—los antiguos persas acudían á los cementerios de sus pueblos y ciudades. Y al día siguiente, pretendían, los que tuvieron valor para permanecer en la mansión de los muertos, que en aquellas horas oscuras del día que los vivos dedicaban á su recuerdo, los difuntos salían de sus osarios y, con voz medrosa, contaban la historia de su vida y aconsejaban á sus visitantes y predecían lo porvenir.

Para quien entiende su lenguaje, hablan aún los muertos, como en tiempo de Zoroastro y, como los que adoraron en el Sol el poder de Zeus, también recorren el velo que oculta lo porvenir á las miradas de los humanos, zaimph que se desgarran á las lecciones de la experiencia y muestra las formas de la esplendente Iris. El que discurre por las solitarias calles de un cementerio y se para al borde de la fosa común, si concentra su atención, oye la voz de los difuntos.

—Yo olvidé que todos los hombres somos hermanos, dice una voz, y, llevado de mi afán de enriquecerme, no tuve reparo en sumir en la miseria á miles y miles de mis semejantes. Reuní una fortuna enorme, que pasó á mano de mis hijos, y mi castigo consiste en ver cómo se disipó esa fortuna en dos generaciones, y cómo sufren, todos aquellos que llevan mi nombre y sangre de mi sangre, en el seno de la más espantosa pobreza. Como yo espolíé, ellos han sido espoliados. Lo que yo hice, otros lo han hecho á los míos, y mi raza se extinguirá, corroída por todos los vicios y por todas las enfermedades.

—Yo fui un egoísta feroz. Nunca recordé que no vivía solo en el mundo. Jamás sentí compasión por nadie. Ni una vez siquiera pensé en el Mal que afligía á mis hermanos. Y un día, llegaron hasta mí la Enfermedad y la Pobreza, y desde aquel día la soledad más espantosa reinó en torno mío. Yo no cuidé de los otros; los otros se olvidaron de mí. Cuando llegó la Muerte á mi solitario lecho, gemía desesperado, pensando en el bien que pude hacer y que no hice, en las lágrimas que pude enjugar y que dejé que corrieran.

—Yo tuve talento, fortaleza de ánimo, persuasiva palabra, dotes de mando, y empleé tan mal esas nobles facultades, que á la hora de mi muerte todo un pueblo execraba mi nombre.

—Yo fui la encarnación de la Gula, de la Lujuria, de la Pereza. Disipé á los cuatro vientos mi fortuna, y ahora mis hijos y los hijos de mis hijos, pobres, miserables, sienten correr por sus venas la sangre emponzoñada que les transmití, y son víctimas de todas las malas pasiones.

—Yo robé y maté, por envidia y odio hacia mis hermanos, y he muerto... y la humanidad vive.

—He trabajado sin descanso, roturando bosques, labrando campos, plantando cepas, sembrando granos. He sufrido el sol que requema y la nieve que entumece. Las lluvias, el pedrisco y la sequedad han destruido muchas veces mis cosechas. Los agentes del fisco se han apoderado de lo más saneado de mis ganancias, y, sin embargo, morí tranquilo porque dejé una descendencia sana y activa. Yo la veo, cómo poco á poco se eleva, mejorando su estado. Veo que mis hijos adoran la Tierra que les nutre, que estudian las Ciencias y las Artes, y cómo sus inteligencias son poderosas porque son sanas; asisto á sus triunfos y escucho las bendiciones de que les colman aquellos que por sus esfuerzos crecen, trabajan y progresan. Veo cómo mis hijas constituyen nuevos hogares; las veo hacendosas, incansables, siempre atentas al bienestar de sus esposos y de sus hijos; veo cómo inculcan á éstos los hábitos del trabajo y de generosidad, de rectitud y de mansedumbre que mis padres me enseñaron; veo que son el alma de esos hogares, y que sus esposos y sus deudos bendicen la memoria del padre que acertó á crearlas tan buenas.

Todas esas voces hablan así de lo porvenir como de lo pasado. Predicen que alcanzarán toda la dicha compatible con la humana naturaleza, aquellas sociedades y aquellos hombres que con mayor cuidado se apliquen á la práctica de las virtudes, al desprecio de la vanidad y del orgullo. Auguran que, después de tropiezos y trabajos infinitos, llegarán los hombres á estimarse mutuamente, y que la paz y el bienestar reinarán sobre la Tierra, cuando se hayan extinguido para siempre la Envidia, el Odio y la Ignorancia, progenitores del Mal.

A. RIERA



† GUILLERMO MORPHI

† EMILIO MARIÓ



## EL DÍA DE DIFUNTOS

AYER Y HOY

Todo contribuye a la sugestión del triste recuerdo; a la obscura y fría noche sucede el brumoso crepúsculo de un día de otoño; a la calma atmosférica, el viento que impulsa y entrechoca con ruido seco las ramas de los árboles, desprendiendo las últimas hojas, ya marchitas, que en remolino de aquélle son su juguete.

El hervidero de la población cesa por algunas horas; unas cerca y otras lejos, con acento grave y acompasado éstas, con vibración aguda y temblorosa aquéllas, las campanas voltean, lanzando al aire sus notas de metal, que las ráfagas del viento ora entrelazan y confunden entre sí, ora alejan hasta perderse, dando origen a una nueva lluvia de sonidos semejantes al quejido del perpetuo sufrir...

Y como es muy difícil la indiferencia, ante el helado contacto de la atmósfera del dolor, cuando éste viene a buscarnos al fondo del hogar con la fatigosa y lenta vibración de la campana, que parece gemir, relatóndonos sus cuitas al oído, todos recordamos en aquellos ecos la pérdida de seres queridos, porque ellos acompañan su llanto, hijo de la ausencia eterna...

Y el hogar se transforma de alegre en luctuoso; el padre y la madre, el esposo y la esposa, el hermano y la hermana, el hijo y la hija, el amigo y la amiga, dejándose llevar del espíritu de tristeza impregnado en cuanto les rodea, sienten en su corazón los dulces latidos de la caridad, y de sus labios brotan oraciones elevadas al Dios de las alturas, pidiendo perdón para los que sufren; transforman su traje en negro, y silenciosos y pausados, cual fantásticas visiones, se reúnen en el templo, donde el sacerdote ruega al cielo por las almas de los pecadores, privadas de ver la divina luz. Cuando las sombras de la noche envuelven la población, los cristianos, congregados en el retiro de su hogar y en familia, para rezar el Rosario, que lleva el jefe de aquélla, hasta terminar tan benéfica obra, en la que toman parte amos y servidores, con la siguiente súplica, hecha por el mismo:

—Dios haya escuchado nuestro ruego.

—Así sea, responden en coro los reunidos.

E inmediatamente se distribuye una frugal colación, y algún dinero y frutas entre los criados, encareciéndoles el recuerdo, durante la noche, de los difuntos...

La claridad del día y los rumores que se elevan del seno de la población pueden tan sólo disipar los extraños engendros de la muerte y el lúgubre y pertinaz tañido de las campanas, que, aun al través del sueño, se ha percibido, como en una fatigosa pesadilla.

—Hoy, clama alguien en mi oído... hoy hemos progresado, suponiendo que implique progreso olvidar creencias que, por ser añejas, deben desecharse. El modernismo, con sus egoístas apreciaciones, se ha entronizado, de algunos años a esta parte, en nuestra sociedad, trocando las tristezas del corazón en alegrías del estómago, los recuerdos de la muerte en ostentaciones de relumbrón. Las gentes de ayer eran poco prácticas; te-

nían sus pobres mentes atrofiadas por absurdas preocupaciones. ¡Los muertos... los muertos! ¿Qué tenemos que ver nosotros con los muertos? Harto trabajo nos costó sufrirlos en vida. Hicimos por ellos cuanto pudimos, y aún hemos de seguir pagándoles censo eterno, en dolorosos recuerdos? Se ha destinado para ellos un día del año... Perfectamente; acatémoslo; pero haciendo lo posible para que por sí mismo se mixtifique y se convierta de hecho en otro día más de francachela. Para ello, dejémosnos arrastrar por las corrientes modernas, que son las llamadas a conducirnos hasta el fin deseado. No nos precipitemos; finjamos y, variando el modo de sentir, osténtese, en común, el dolor con diferente aspecto, basado constantemente en algo que halague nuestros deseos y aficiones, que constituya un nuevo placer, oculto bajo la capa del sufrir... ¡Adelante! Siempre adelante, para lograr la indiferencia, madre legítima de las terrenales satisfacciones a que el mortal aspira, hasta que lleguemos a brindar en la misma morada de los difuntos. Las lágrimas y las tristezas de este día resultan anticuadas; por eso tienden a suprimirse.

—Eso jamás se logrará. Nó, nunca;—exclamé, interrumpiéndole escandalizado.

—¡Necio! repuso una voz, ¿crees que falta mucho? La semilla arrojada, va germinando, y el indiferentismo abriéndose ancho campo. ¿Quieres ver sus frutos? Sigueme; y, prescindiendo de ese gentío inmenso, bullicioso y alegre que acude a la comedia, para ser actor y espectador a la vez, penetremos en el camposanto, en donde has de quedar convencido y maravillado de lo bien que se finge... Mira; ese grupo abigarrado, cuyos individuos aparentan un dolor que no sienten, han venido aquí, impulsados por la rancia costumbre social los unos, por el acicate de curiosar los otros. El amargo llanto de esa viuda joven y hermosa es hijo del despecho; pues, llevando sólo quince días de viuda, el que dirán la impide casarse hasta cumplir el riguroso luto. Aquel joven que, mustio y dolorido, coloca valiosa corona en un mausoleo, es un buen hijo que viene aquí porque le han hecho recordar al que le dió el sér y le dejó la fortuna. No sólo; pero siente las cien pesetas que el orgullo le obligó a invertir en el recuerdo. Los que forman un grupito junto a aquel nicho, no lloran ni están tristes, ya los ves; han venido con pretexto de visitar a su hermano, recién fallecido; a exhibir los lutos; a ver y ser vistos; a envidiar y a ser envidiados. Esos que van y vienen, que se empujan y atropellan, que ríen y critican con graciosa verbosidad los latines de las lápidas, han venido aquí por negocio, por pasatiempo ó por lucirse. Aquellos que rezan junto a aquel sepulcro son...

—¡Basta de calumnia indigna! exclamé irritado; para tí no hay dolor, es una mentira... ¿Dónde está la verdad?

—¿La verdad? Allá, en aquél rincón la tienes: en el llanto de aquella anciana que ora por el hijo que perdió y al que jamás volverá a ver. El dolor, hijo del recuerdo, que tú crees ver hoy como ayer en todos los rostros, está descontado; sólo la queda el corazón de las madres, baluarte en que se hizo fuerte para resistir los combates de la indiferencia.

R. B. GIRÓN

## EL FINAL DE UN VELORIO

CUENTO

No quiera saber el lector si la palabra *velorio* pertenece al número de las apadrinadas por los Inmortales del Arcópago que *limpia, fija y da esplendor*. A las palabras, dijo muy acertadamente don Mariano de Larra, no debe preguntárseles su procedencia, sino para qué sirven; y como sirven para algo, si ese algo no es confundir y enmarañar las ideas, hay que aceptarlas é incluirlas en el vocabulario, el cual, cuanto más nutrido, tanto más contribuirá a enriquecer la lengua a que pertenece.

Existe en la América del Sur la costumbre, piadosa a su modo, de celebrar velorios.

Veamos en qué consiste.

Supongamos, lector bondadoso, que vive usted en Buenos Aires, la más populosa ciudad de la América latina, como podríamos también fijar su residencia en el más apartado lugar de la extensa y despoblada pampa argentina; y supongamos igualmente que, sujeto al fin y al cabo a las leyes de la materia, se nos muere usted el día menos pensado...

¡Cascarones!

No, señor, no son cascarones; es pura y simplemente una suposición gratuita, que por manera alguna puede alarmar. Se habla desde el punto de vista hipotético; y, aun cuando no me honro con su trato, ni siquiera le conozco a usted, sabe Dios que el mayor mal que le deseo es que viva largos años, pues se me figura que ha de tener usted su apego a este pícaro mundo, con ser, como es, mansión de no interrumpidas cuitas y zozobras.

Continuemos.

Quedamos en que *se nos fué usted*, y dicho está que sus amigos y parientes quedarían llorándole, con lágrimas no fingidas, conforme a continuación se podrá ver.

Supuesta ya extendida su partida de defunción, la noche que pasara usted de *cuero presente* sería noche de jolgorio y recepción en la casa mortuoria.

A ella acudirán sus amigos particulares, y en general, los de la familia enlutada. Es más: los amigos *directos* se harán acompañar de los *indirectos*, quiere decir, de los suyos; porque sabido es que los asuntos de amistad guardan muchas relaciones. Más todavía: habrá quien no le haya visto a usted en vida; pero en ese día se considerará obligado a hacer acto de presencia, y allá se cuela él, pintada en el semblante la contricción que reclaman las circunstancias, y (aquí del busilis) muy bien dispuesto, ante la perspectiva de un *buen velorio*. En fin, aquello será un verdadero maremágnum: la concurrencia enorme; las mujeres, de riguroso luto, los hombres, a su libre albedrío, según lo entiendan y estimen; en una estancia recubierta de fúnebres paños é iluminada por los hachones mortuorios, el féretro, que se *vela* en las estancias inmediatas y en los patios, al aire libre, por un verdadero batallón de deudos, amigos, vecinos, etc., etc. Formanse grupos: aquí se habla de negocios; de política más allá, en otro, es tema de la conversación la nota mundana, y Cupido mismo halla ocasiones propicias para hacer de las suyas. Para formarse cabal concepto de lo que se viene describiendo, añádase que la gastronomía figura buen papel en estas reuniones, donde se rinde culto a la muerte, regalando a la vida; porque un velorio sin cena opípara, ó cuando menos sin repetidos pisolabis, no sería completo ni tendría la virtud de dejar bien preparado el ánimo para ir a *velar* en casos sucesivos.

¿Saben ahora los lectores en qué consiste el velorio, en lenguaje crio-

llo? Sí, eh?

Pues, vamos al hecho de autos.

Un día, mejor dicho, una noche, encontrándome accidentalmente en cierto pueblo de la provincia argentina de Santa Fé, asistí a una de esas veladas, motivada por el fallecimiento de un opulento estanciero, nombre conque se conoce allí a los que llamamos ganaderos acá.

Corría el mes de Enero, equivalente, como se sabe, a nuestro canicular Julio. Huelga, pues, decir que, en plena estación de la vida y en medio

de una naturaleza exuberante, aquella noche serena brindaba infinitos encantos a los innumerables contertulios allí reunidos.

Transcurrieron las horas nocturnas, y tras ellas llegó la del alba. Y ésta nos pilló en el mejor de los mundos: en el mundo de las satisfacciones proporcionadas por una buena digestión. En esto hay mucha prosa, demasiado realismo, ciertamente; pero es la verdad monda y lironda. En buen estado de salud, el estómago es el regulador del pensamiento, y aun puede añadirse del mismo sentimiento.

El muerto hubo de haber dispuesto las cosas de manera tal, que su familia nos trató a qué quieres boca. Si su intención fué llevar a cabo un postrero acto de rumbosidad, pudo acompañarle al otro mundo la seguridad de haberlo realizado plenamente.

Con los primeros atisbos y vislumbres de la luz cenital, la reunión empezó a dispersarse.

Quedamos, sin embargo, un grupo numeroso, esperando hora oportuna para hacer lo que se lea.

Una viudita, tan guapa como rica, había trabado relación con un

apuesto joven español, forastero y de paso, como yo, en la población. Lo que ambos se dirían, allá ellos. Lo que sí sé y recuerdo, es lo presto que llevaron a cabo sus resoluciones; porque, dignos émulos en semejante ocasión de los expedidos anglo-sajones, en una noche se conocieron, se hablaron, se quisieron y, por fin, resolvieron acabarlo en la Vicaría.

Y en la Vicaría lo acabaron, pocos días después; mas antes hubo de entender en ello el Juez de paz, que fué quien los casó civilmente, previos los trámites efectuados aquella mañana.

Habíase apagado la luna que alumbró el velorio del estanciero y nacía la llamada de miel para los desembarazados futuros desposados.

Salimos de la casa mortuoria y nos dirigimos a la del representante de la ley.

Lo dicho era lo que quería contar. No hay trama alguna; pero su propia sencillez le da cierto tinte interesante.

De todos modos, convéngase en que si aquel velorio tuvo atractivos, el mejor y más imprevisto de éstos fué su epilogo.

ANTONIO ASTORT



Cuadro de MARCELINO SANTA MARÍA.

¿SERÁ DIFTERIA?

Fot. Pauli y Bartrina.

## EL ULTIMO BESO

Al morir la luz del día  
Murió el hijo de mi amor,  
El iris de mi esperanza,  
La luz de mi corazón.

Movió sus lívidos labios  
Por darme el postrer adiós,  
Y, fijando en mí sus ojos,  
Para siempre los cerró.

En vano quise animarle  
De mis besos al calor...  
¡La muerte, sorda a mis ruegos,  
Para siempre los cerró!

Traspasado de amargura,  
Preso de inmenso dolor,  
En su helada frente el beso  
Postrero mi amor le dió;

Y aquella nieve, aquel frío  
De su rostro encantador,  
Heló en mis venas la sangre  
Y en mi pecho el corazón.

Pasaron breves los años,  
De otros años yendo en pos,  
Y, en el tiempo, lentivo  
Encontrando mi aflicción,

Podré olvidar la agonía  
Del ídolo de mi amor;  
Podré olvidar sus caricias  
Y hasta el eco de su voz;

Pero de su frente el frío  
Nunca olvidar podré yo,  
Pues guardo del postrer beso  
La nieve en mi corazón.

CARLOS CANO

## BELLEZA SUPREMA

A MARÍA G...

Dios al crear las perlas del rocío,  
fundió su nácar y formó tu cuerpo.  
Puso en tus ojos lumbres de zafiros  
y de ellos mismos tapizó su cielo.  
Pensó en el mar, para crear tu alma.  
Pensó en la noche, é hizo tus cabellos.  
Pensó en matar con muerte de delicias,  
y albergó los amores en tu pecho.  
¿Quién podrá amarte! El corazón de un hombre  
es, para poseerte, tan pequeño  
que no cabes en él... ¡Tan sólo un ángel  
puede cerrar tu boca con sus besos!

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE LA TORRE

## TÚ Y YO

Si me dieran las Gracias sus encantos,  
si me prestara el sol su ardiente luz,  
si me diera el armijo su blancura  
y me dieran las aves su laúd,  
y Dios me diera, con el Orbe entero,  
cuanta belleza esconde el cielo azul...  
no haría una mujer, para mi gusto,  
¡más hermosa que tú!  
Si te diera Cupido sus amores,  
si te diera su acento el ruiseñor,  
si te dieran su fe los querubines,  
si te diera una madre su pasión,  
y Dios te diera, con su amor divino  
todo su aliento inmenso y creador...  
no podrías, mi bien, hacer un hombre  
¡más amante que yo!

ELOY NORIEGA

## MALAGUEÑAS

Si yo llegara a ser rey,  
en mi trono te pondría,  
y delante de mi corte  
te adorara de rodillas.

Eres de una yerba mala,  
pues me ves morir de pena;  
me pueden salvar tus ojos  
y agonizando me dejas.

Cuando el amor hace sumas,  
la aritmética se engaña,  
pues si dos almas se quieren,  
las dos componen un alma.

Cuando paso por la cárcel,  
siempre repito a su puerta:  
— Aquí pararé algún día  
si esa mujer no se enmienda.

Me empué en averiguar  
en el libro del amor,  
si hay querer como el querer  
que nos tenemos los dos.

El vino no me embriaga  
y tus ojos me marean;  
¡deja, serrana, que viva  
en constante borrachera!

Si un casado, como yo,  
vé a una mujer, como tú,  
se está diciendo diez horas  
Por... la... señal... de la Cruz.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

MODESTO URGELL



EL TOQUE DE ORACION

*Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9.)*

ANTONIO COLL



QUÉ PARECIDO ESTÁ!